

MIEDO TONTO...

El cuentakilómetros dejó de funcionar y enseguida las marchas que hasta aquel momento habían ido duras comenzaron a entrar suavemente. A la mañana siguiente, el peinado que llevaba intentando conseguir durante días, me salió perfecto a la primera y murió mi padre. Un enfermero del hospital donde llevaba varios días ingresado me llamó para decirme que ya estaba inconsciente.

En la habitación del hospital, mi hermana Laura le hablaba bajito al oído a mi padre: <<Papá...papá... >>. Mi padre respiraba como en hipos. << Papá...papá...>>. Mis otros dos hermanos estaban llorando. Yo no. En el interior de mi cabeza, contra mi voluntad, tarareaba una canción que no me divertía ni lo más mínimo y, sin querer, o queriendo, terminé despeinándome. Al hacerlo, sentí un miedo tonto, asustado por no tener ningún tipo de pena precisamente en aquel momento. Miraba a mi padre tumbado en la cama como si estuviera mirando las cortinas de la ventana o las baldosas del suelo. En mi interior no tenía previsto aquel miedo idiota al vacío, a ese no notar que tenía la mente totalmente desubicada. << Papá...papá...>>, continuaba mi hermana sin obtener ningún tipo de respuesta por su parte... El médico le tomó el pulso a mi padre y dijo algo que no soy capaz de recordar, porque antes de que él terminara de hablar yo ya había salido de la habitación.

Pensé que todos estarían observando mi huida como una cobarde; nada de eso, todos estaban pendientes del estado de mi padre. Todos menos yo, que salí al pasillo y luego fui al jardín del hospital a estirar un ratito las piernas y dar saltitos con las manos metidas en los bolsillos, levantado las rodillas

exageradamente como hacen los atletas nerviosos antes de comenzar una carrera. Al ritmo de las piernas, susurraba una y otra vez la frase: << No – te mueras- por –fa-vor>>. Cada silaba un pie abajo y el otro arriba. Lo hice tres veces. Hasta que me paré y me quedé observando unas hierbas de las que colgaban unos tomatitos rojos y brillantes. Esa situación me parecía una prolongación de mi vida durante estos últimos días. Las tomateras entre las rosas del jardín del hospital establecían una extensión del extraño fenómeno de las marchas de mi coche arregladas de manera mágica al tiempo que el cuentakilómetros perdía todo contacto.

Poco tiempo después estaba hablando por teléfono con los de la funeraria. Me conocían y eso me sonaba como una amenaza. La chica dijo: << Usted es María, ¿verdad?>>. Pensé :<< ¿De qué me conoce usted, señora ?>>. ¿Me tenían controlada o me insinuaban que si yo era la próxima de la que ellos también se harían cargo de mi?

Mi padre. Un tipo al que creo que todavía le debía una pena o algo que no acierto a definir.

El agente funerario que vino era bajito, amable, y con bigote; era un bigote demasiado fino para mi gusto y mí me pareció asqueroso. No sé me ocurre con que se podría comparar el proceso de elegir el modelo de ataúd en el que vas a enterrar a tu padre; no pude entonces, ni aún puedo dar con algo que se le parezca. En cuanto al agente funerario, creo que lo calificaría como el inesperado mayordomo de mis pesadillas. Mientras el tipo hablaba y me mostraba las fotos de los féretros en la salita de duelos, observé durante un segundo a mi cuñado que estaba jugando con una video consola; quizás era mi

primo, a veces los confundo a mí los dos me parecen igual de imbéciles. Después de mirar todas las fotos de ataúdes, yo quería elegir el más barato, el peor. El agente, casi ofendido, insistía una y otra vez en que aquella no era una buena elección, que no era digno. Parecía que el hijo era él, y no yo que era su hija. Creo que le dije << qué más da>>, o quizá fue algo más inadecuado, ahora no lo recuerdo. Miré de nuevo a mi cuñado (o a mi primo), ya no estaba jugando, se había quedado dormido, o se hacía el cansado. Mirándolo, decidí sin que hubiera alguna razón aparente hacer caso al agente funerario, y opté por elegir un ataúd más aparente.

Nos habíamos olvidado la ropa de mi padre en la habitación y tuve que ir a por ella. << Esto es cojonudo – pensé primero me toca elegir el ataúd y luego ir a por la ropa: tenía que haber huido de allí de verdad>>.

En la habitación, vi que mi padre estaba envuelto entre sábanas como si fuera una momia o un muñeco sorpresa. Revisando el armario, solo estábamos en la habitación mi padre muerto y yo, me sentía una especie de ladrona. Allí había unas pocas prendas y unos objetos que eran desconocidos para mí. Supuse que eran de su compañero de cuarto. Salí al pasillo para informarme al respecto. Un auxiliar me dijo que mi padre no había tenido ningún compañero de habitación. Regresé dentro temblando, no encontraba ninguna explicación para aquellos objetos.

Allí había unos zapatos de cuando él era joven, yo creía que ya no los tenía (las veces que yo había limpiado esos zapatos mientras el roncaba en su siesta). un cinturón (el cual habían probado mis hermanos en el culo alguna

más de una vez); muchas cosas también había un puro a la mitad. Me preguntaba por qué el viejo se había llevado aquellos trastos.

Me acerqué a mi padre, aparté las sábanas y le pude ver el rostro. Estoy segura de que se movió de qué hizo unos gestos. Dicen que los muertos se mueven ¿no?

No soy capaz de recordar si se me había ido el miedo idiota o si el miedo se había convertido en rabia o qué.

Me hubiera agachado a su lado en la cama y le hubiera dicho: << No sé si quiero recordar que te he querido>>. Ante aquella cara que temblaba intermitentemente, pensé en llorar en la necesidad que sentía de hacer algo. En ese momento me pareció escuchar de su voz, una orden difusa, pero firme, algo así como: <<Déjalos bien limpios>>. Fui al armario, cogí los zapatos y volví junto a él. Metí la mano dentro de uno de ellos, como haría un limpiabotas, el olor de los zapatos que tenían cuando los limpiaba durante sus siestas. Moje el paño con agua y empecé a limpiar el zapato que tenía en la mano y empecé a lustrarlo como lo hubiera hecho cuarenta años atrás.